



# FALLEN

“Caídos”

Una Historia de Primordia

Escrita por Mark Yohalem

Ilustrada por Tamás Szathmáry  
y  
Victor Pflug

Traducida por Eduardo Moreno Martín

*“Despertad, levantaos,  
o permaneced caídos para siempre”.*

- John Milton, *El Paraíso Perdido*

I  
DESPERTAR





Su brazo izquierdo estaba aplastado bajo algún componente de la sonda, crucial en su momento, ahora inútil. El peso muerto de cinco cuerpos recaía sobre su pecho, sus piernas, su brazo bueno. Esa era su propia masa, atraída por la gravedad alienígena. Los incendios casi se habían apagado. El denso humo se estaba disipando, y sus respiraciones agitadas y superficiales ya no la atragantaban. Estaba lúcida; estaba muriendo.

La máquina sobre la duna aún no se había movido.

Gritó otra vez, o lo intentó. Incluso con el esfuerzo, no sentía dolor en su brazo. Era una baja, admitió. Los restos también contenían otras bajas, aparte de su extremidad. Podía ver a Garner y Yasada, lo suficiente de ellos en todo caso, para saberlo. Pero los demás también habían muerto, o de otro modo la habrían ayudado (el gran e indestructible Todorovic, con su gran e indestructible sonrisa, apartando el componente de su brazo y tirando de ella por los pies), o los habría oído (Eriksen riéndose de cómo, incluso si la misión para rehabilitar el planeta no era un éxito *completo*, al menos fertilizarían la tierra ellos mismos). Pero no. Habían muerto.

Tiró de su brazo muerto, sin dolor. No se movió.

Tampoco lo hizo el robot.

Quiso gritar “¡Ayuda!”. Quiso chillar. Y entonces, lo hizo. No tenía sentido guardar fuerzas.

Finalmente, perdió el conocimiento.



“Así que esto es el viento”, había bromeado Eriksen. Luego, con un fingido entusiasmo inocente: “¡Y mirad, hay una nube!”

La muralla de polvo rugió en su dirección. “Que todo el mundo se agarre—” empezó a decir Yasada, pero la tormenta golpeó, y el mundo giró, y los lamentos y los gemidos y los crujidos y después los gritos acallaron todo lo demás, e incluso si Yasada hubiera terminado su frase, no habría sido un remate muy gracioso.

Y luego la sonda se estrelló, y todos ellos murieron, todos menos ella, la mayor parte de ella, de momento.



Intentó tragar, y después abrió los ojos, pestañeando para limpiar el polvo y la arena, aunque no le quedaran lagrimas suficientes. A unos pasos, un bidón azul se burlaba de ella. En lo alto de la duna, la máquina se burlaba de ella. Por debajo del codo, su brazo se burlaba de ella: *yo ya he escapado*, le decía.

El aire puro no era lo que había imaginado—parecía poseer más silicato que oxígeno.

Cerró los ojos otra vez, intentó tragar otra vez, y recibió un goteo de algo (¿sangre?). Tiró del brazo muerto otra vez y deseó que estuviera empezando a alucinar.

Abrió los ojos, otra vez.

El robot miró en su interior.

Ella se desmayó. Otra vez.



A bordo de la sonda, habían empacado repuestos para todo. Sustitutos, y sustitutos de los sustitutos. “Así que ¿quiénes de nosotros somos ruedas de recambio?” preguntó Eriksen.

*Bueno, ahora lo sabemos.*



Aún estaba oscuro, incluso con los ojos abiertos. Los incendios se habían extinguido. Las estrellas se ocultaban detrás de feas nubes ácidas. La luna estaba en el lado equivocado del mundo para ser de ayuda.

Finalmente, la oscuridad se desvaneció lo bastante como para revelar que contenía cosas aún más oscuras. La vaga presencia de cadáveres, de un bidón de agua, y de una máquina, acuclillada a su lado.

“Ayuda”, susurró.

La máquina no se movió.

“Por favor”, rogó.

La máquina no se movió.

Probó todos los comandos de control manual que pudo imaginar, la mayoría obscenidades. Luego, silencio. Luego, más silencio, excepto por el murmullo del polvo amontonándose contra la sonda. Luego—el zumbido de la lente del robot abriéndose, y una suave luz azul que cubría su rostro.

Luego—oscuridad.



*Thanatos.*



Esta vez la consciencia volvió más rápidamente, o quizá más lentamente—en cualquier caso, el cielo seguía estando oscuro y vacío.

“¿Cuál es tu denominación?” preguntó la máquina. “¿Cuál es tu origen?” La lente se dilató y achicó. “¿Cuál es tu función?”

Con su brazo bueno—no, era su *único* brazo, o lo sería—señaló el bidón azul. “Por favor”, susurró, o lo intentó.

La lente se achicó un poco más.

“‘Por favor’ no es un punto de origen o una función reconocida. ¿Es tu denominación?”

Su voz se burlaba de ella. ¿Por qué tenía voz? ¿Y por qué *esa* voz? ¿Y por qué *palabras* siquiera?

“Agua”, respondió.

El robot se volvió hacia el bidón, extendió un brazo, lo recogió. “¿Necesitas refrigerante?”

“Agua”.

Desenroscó el tapón y examinó la boquilla. La parodia entera estaba iluminada por el resplandor azul del robot. “¿Dónde?” preguntó.

Ella se señaló la boca. Vertió. Ella bebió, se atragantó, vomitó, volvió a atragantarse, escupió. Vertió. Ella bebió.

“Para”. Paró.

Señaló a la cosa muerta que había sido su brazo. “Ayuda”.

“No”, respondió el robot. “¿Cuál es tu denominación? ¿Cuál es tu origen? No provienes de la Torre. No coincides con el diseño de ninguna máquina Urbanita conocida. ¿Provienes de Civitas?” Tanteó su pecho con un apéndice manual. “Tu composición es desconocida. Mis datos indican que Civitas utilizaba diseños inusuales. Tu nivel de energía es insignificante”. Sin esperar respuesta, el robot volvió su lente hacia los restos de la sonda. “Esta máquina tiene energía, y su composición y diseño no son nada extraordinario. ¿Por qué viajáis juntas?” ¿Hacia dónde vais?” Tocó a Yasada. “¿Por qué estas no funcionan?” Examinó. “¿Dónde está su núcleo de energía?”

Eran ilusas, máquinas eran, excepto donde había un patrón para la astucia, una rutina. E indefensas, a su manera. Así que ella esperó, y no dio respuesta alguna.

Sondeó con más profundidad, después se detuvo. “Soy Autónomo 8. De la Torre. Traigo la promesa de una Unión perfecta”. El robot se incorporó. “Este no responde”. Se alejó de Yasada de vuelta a ella, acucillándose de nuevo. “Tú tampoco respondes”.

Ella se señaló el brazo, otra vez. “Ayuda”.

“No”. Se escabulló entre los restos de la sonda, examinándolos. Fuera de su vista, dijo, “El generador no está mal. ¿Es estable?” Silencio. “Sólo tomo nota de su ubicación para la Torre. Tu contribución para el bien mayor será reconocida”.

El robot regresó con ella. “¿Qué hacía? Tu compañero. Cuando funcionaba”.

Silencio.

“¿Todavía funcionas?”

“Sí”, respondió ella. Se señaló el brazo otra vez.

“No”. El robot se acuclilló. “Estás goteando”. Examinó el vómito, la sangre y el pis.  
“Tu diseño es ineficiente”.

“Ayuda”, dijo ella. “O deja de hablar”.

La lente se achicó. “Mi lógica básica me permite comunicarme cuando una máquina no representa una amenaza o una amenaza demasiado grande”. Se dilató. “No existe amenaza aquí”.

“Entonces ayuda”. Incluso después del agua, aún tenía la voz ronca.

Silencio. Luego: “No puedo desenterrar tu apéndice. Puedo quitarlo”.

“Láser”, dijo ella. “O plasma. Quémalo”.

“¿Quemar todo este metal?”, preguntó, señalando al módulo.

Ella sacudió la cabeza. “El apéndice. Quémalo, o gotearé más”.

Así que lo quemó. Y, otra vez, la misericordiosa oscuridad.



Las llamas acariciaban el blindaje ablativo de la sonda. Todorovic sonreía burlón. Yasada le echaba un ojo a los controles, realizando minúsculos ajustes. Benzigger hacía crujir sus nudillos uno tras otro, con una mano, estirando y apretando los dedos. Crack. Crack. Crack. Si se soltara un remache, ni siquiera se enteraría. Crack. Crack. “¿Estás *orando*, Macllven?” rio Eriksen. Ella sonrió. *Simple conversación*. Crack. Crack.





El brazo ya estaba perdido. Sólo era un peso muerto, del que se había desprendido. Ella se sentó. Con su brazo bueno, su único brazo, trató de beber del bidón azul. Pesaba demasiado, demasiado torpe; estaba demasiado débil, mareada aún.

El robot—Autónomo 8—ayudó. Esta vez, no se atragantó. Juntos, depositaron el bidón. Se estaba aligerando.

“¿Cuál es tu denominación?” preguntó. “¿Tu origen? ¿Tu función?”

“¿Sabes lo que significa ‘autónomo’?” contestó ella.

El robot no se movió. “Es parte de mi denominación”.

“¿Sabes lo que *significa*?”

“Describe mi función”.

“¿Lo sabes?”

Silencio. Quietud. Intentó beber del bidón otra vez; no pudo. Observó el muñón de su brazo, negro y entumecido pero con un hormigueo.

“Si necesitas un recambio, detrás de ti hay un apéndice superior”. Ella se dio la vuelta. Era Todorovic, roto. Su sonrisa era una baja. “Su condición es satisfactoria”.

“Nuestras partes no son intercambiables”, replicó ella.

Silencio. Al fin: “Ineficientes”. El robot se incorporó. “¿Por qué os fabricaron así?”

“Proceso de eliminación”, respondió ella. La lente se dilató, se achicó; después Autónomo 8 se dio la vuelta para marcharse. “No sabes lo que significa, ¿verdad?”

El robot se giró. “Es mi denominación. Es mi función. Estoy separado de la Torre. Si tengo éxito, me uniré a la Torre. Eso es lo que significa”.

“No”, dijo ella con delicadeza. “No lo es”. Dio un paso adelante. “Es una palabra antigua. Significa”—y se maravilló de su inocencia—“que haces tus propias leyes”.

Silencio. Quietud. Oscuridad. “Mi destino es Urbani. ¿Es ese tu origen?”

“No”, respondió ella. “Pero también es mi destino”. Buscó entre los restos, encontró su mascarilla de oxígeno y provisiones y herramientas y sustitutos de las herramientas, no perdió el tiempo en ojeadas y oraciones por lo que se había perdido, y pateó polvo sobre su brazo, un entierro inútil para los muertos inútiles. No estaba aquí por ellos, sino por los que seguirían. “¿Nos vamos?” preguntó, aproximándose. “Mi denominación es McIlven”.

“Sí”. La luz azul se desvaneció. El amanecer iba cubriendo las nubes. El viento había empezado a soplar. Caminaban alejándose de la sonda. “Siempre fue un viaje sólo de ida”, habría dicho Eriksen, si no estuviera reducido a pulpa.

La manga izquierda de su traje ondeaba. Respiraba con facilidad a través de la mascarilla. Su carga pesaba seis veces lo que debería; lo ignoró; lo soportó.

Esa era su función.

II  
LEVANTARSE



**M**McIlven ya había visto antes el lugar. El aspecto que había tenido era el siguiente: como una pintura al óleo en rojos y marrones, abstracta y embadurnada, y después reducida a crudos cuadrados mientras los técnicos intentaban exprimir tanto detalle como pudieran desde su posición distante. Existían personas que podían estudiar esas imágenes y decir, “Esta duna tiene una altura de cinco metros; aquella es estable, aquella es movediza; esta roca es granito, esa es caliza; esa sombra es una máquina de guerra, sin duda inerte”. Ahora esas personas estarían estudiando la sonda e hilvanando historias sobre un superviviente a partir de un único pixel.

Ella ya había visto el lugar otra vez, más de cerca, desplegado en el visor a bordo de la sonda. Eriksen había cantado, “Un mundo marrón, sin un sonido alrededor...” en un falsete absurdo. Después hubo sonido suficiente.

Ahora el aspecto del lugar era el siguiente: como un mar marrón sacudido por una tempestad (como si ella hubiera visto alguna vez una tempestad, o un mar, excepto en fotografías); como prueba de que todo lo que el universo necesitaba para una destrucción absoluta era arena, viento, agua, ácido, tiempo. Tal vez cualquiera de ellos bastaría.

Aunque existían métodos de destrucción más eficientes, cuando uno carecía de la paciencia del universo, y la antigua y monstruosa máquina de guerra—ahora inerte, real y verdaderamente inerte—era prueba de ello.

El arma en la mano de McIlven estaba caliente.

Una lente azul dilatada la contemplaba, un semblante plano e ilegible.

Pero ella *podía* leerlo, porque las máquinas ocultaban muy poco cuando uno las conocía, y esta, Autónomo 8, hablaba y hablaba y hablaba como si su temporizador estuviera estropeado. Pero ahora, permanecía en silencio y calculando. Intentaba decidir: ¿había excedido ella el umbral de baja amenaza? ¿Permitían sus protocolos más conversación o debía ser lucha o huida? ¿Tal vez ella había excedido el umbral superior, demasiado mortífero ahora para enfrentarse y demasiado peligroso para escapar?

Esos eran los detalles que no podía leer. Observó el arma que sobresalía de su apéndice, el mismo láser que le había cortado su brazo muerto. El arma apuntaba a la sinuosa mole de la máquina de guerra, apuntaba directamente al final del daño aún derritiéndose que le había infligido.



El arma se replegó. La lente se achicó. “Fuiste fabricada para la guerra, McIlven”. Su voz contenía un atisbo de pregunta: quizá un fallo, quizá su propia proyección. El robot señaló su manga colgante. “Pero tu composición es frágil”.

“Sigues hablando”, replicó ella.

La contempló, luego la máquina de guerra, luego la arena movediza en lo alto de la duna—o, quizá, la distante ciudad de Urbani. ¿Quién sabe a cuánta distancia podía ver Autónomo 8? “Sí.” Se dio la vuelta, se aproximó—aún acucillado tras el blindaje acorazado, juntas chirriando por la erosión y la arenilla acumulada. “¿Dónde te fabricaron?” Ya lo había preguntado antes. “¿Cuál es tu función?” Eso también.

“Voy hacia Urbani”, respondió ella, como siempre lo hacía. ¿A qué distancia estaba? Su carga era ligera; podía escuchar la vacuidad en el bidón bamboleante.

“Sí”, contestó. “Eso no es una función”.

Pero no hizo más preguntas. Autónomo 8 marcó su ubicación, ya que habían logrado dejar intacto el núcleo de energía de la máquina de guerra cuando la mataron. Después se pusieron de nuevo en camino, siguiendo un rumbo sólo conocido por el robot.



Anteriormente, habían caminado bajo el cielo nocturno, sólo despejado en parte, faltando en su mugrienta extensión tantas de sus estrellas familiares. Autónomo 8 siguió su mirada. “Algunas de ellas se mueven rápidamente”, dijo. “Algunas de ellas pasan como un rayo y se desvanecen. Algunas de ellas cruzan el firmamento. No están en mis datos”. Volvió su mirada hacia ella. “Una de ellas cayó donde te encontré. ¿Eras tú? ¿Una de las otras máquinas?” El robot siguió, sin esperar respuesta, quizá reacio a esperar respuestas, quizá incapaz de dejar de hacer preguntas: “¿Todas las luces que se mueven en el cielo son máquinas como tú y los otros?”

Caminaron durante un tiempo en una especie de silencio, un silencio tan estridente como la arena aplastada bajo sus pies, tan estridente como los engranajes del robot chirriando en su interior, tan estridente como su respiración siseando tras la mascarilla.

“No”, dijo ella, al fin. “No, no lo son”.

Autónomo 8 se detuvo. “¿Sabes lo que son? ¿Cómo lo sabes?”

Pero ella no dio ninguna respuesta; sólo existían el aplastamiento de la arena, los chirridos de los engranajes, el siseo de la respiración, la oscuridad y las estrellas.

Y después otra pregunta: “¿Qué es ‘Thanatos’?”

Mcllven se detuvo abruptamente y se giró, sus dedos crispados sobre el arma. “¿Qué?” preguntó—su voz desprevenida, su miedo evidente, el robot ignorante a todo ello.

“Thanatos” repitió, rotando hacia ella. “Cuando estabas reiniciándote, antes de que te reparara, dijiste esa palabra”. La lente se achicó, se dilató. El robot habló con curiosidad simulada. “¿Qué es?”

Ella continuó la marcha, sopesando no responder, sopesando lo que la voz modulada del robot revelaba, si es que revelaba algo. Al fin, respondió. “Es una palabra antigua”. Pensó, luego añadió: “Significa ‘un nuevo comienzo’”.

“Hay otras maneras de decir eso”, replicó Autónomo 8.

“Sí”, dijo ella. “Pero son menos eficientes”.

Posteriormente, mataron a la máquina de guerra, después siguieron su camino hacia Urbani.



Si la colisión no hubiera destruido sus dispositivos de mapeo y posicionamiento— incluso los sustitutos, y los sustitutos redundantes—podría haber encontrado el camino a Urbani por su cuenta. Una ciudad no puede ocultarse de los satélites; de hecho, podría recitar sus coordenadas de memoria incluso ahora. Pero su propia posición era un misterio. Si la colisión no hubiera destruido sus dispositivos de comunicación, podría haber preguntado a los planificadores. Si la colisión no hubiera matado a los demás, tal vez habrían tenido otra idea, una mejor. Si.

Ella sabía que Autónomo 8 no les llevaba por el camino más directo, o el más fácil, o el más seguro. Andaban a la caza de energía y algunas veces cazando amenazas.

Rebuscando, pacificando, y haciendo reconocimiento todo a la vez. Ella no era, pensaba, la única fabricada para la guerra.

“¿Qué es la Torre?” había preguntado. El robot respondió libre pero opacamente, casi místicamente. Era un lugar; era una entidad; no una torre física, o tal vez lo era; una inteligencia colectiva, quizá, o una comunidad, o tal vez ambas. ¿Un líder? ¿Un grupo de líderes? ¿Eran poderosos? ¿Eran inestables?

Mcllven y el robot subían pesadamente por una senda deteriorada en el lateral de una duna. Al llegar arriba divisaron más dunas y tras ellas, más. “¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te marchaste de la Torre?” preguntó ella, mientras miraban fijamente—o *ella* miraba, y él hacía lo que fuera que hiciese en lo alto de las dunas.

“Estoy operando dentro los parámetros temporales de mi función”, replicó.

“Eso no es una respuesta”. Se quitó la mascarilla, brevemente, y bebió del bidón con la facilidad de la práctica.

“No se puede contestar a tu pregunta. Nunca he estado dentro de la Torre; no puedo haberme marchado de ella”. Hizo una pausa, contemplando el vasto páramo. En su quietud monótona, Autónomo 8 parecía estar listo para una elaboración. Pero no surgió ninguna.

“Así que tampoco puedes regresar a ella”.

El robot se puso en camino otra vez. “Sígueme”, ordenó, innecesariamente.



Ella se preguntaba si hacer o no inventario de sus decrecientes provisiones. La máquina parecía confundida por su consumo y derroche continuo; por el pobre reciclaje de su traje; por su necesidad de descanso. Se dio cuenta de su debilidad, su *ineficiencia*, más con curiosidad que con desdén. ¿Entendía el robot la sangre reseca bajo sus fosas nasales cuando se quitaba la mascarilla? ¿Entendía sus jadeos, sus traspies? Entendía la energía. Entendía lo que significaba estropearse.

“No puedo funcionar en este entorno para siempre”, le dijo a la máquina. Miró fijamente su armadura agujereada, oxidada, su lente rajada; escuchó los crujidos y gemidos de sus partes desgastadas. “¿Y tú?”

“No”, respondió. “No puedo funcionar en *ningún* entorno para siempre. Sólo la Torre es perpetua”.

“¿Y cuándo te unes a la Torre? ¿Funcionarás para siempre entonces?”

Quedamente: “No. Entonces ya no funcionaré más”. Más alto, mecánicamente: “La Autonomía es la ausencia de Unión”. Y también: “No existiré, pero no estaré solo”. Y esto: “Si provienes de Civitas, tienes tu Coro y tu Armonía. Está en mis datos. Sabes lo que es tener Unión. Sabes lo que es estar sola”.

Mcllven lo sabía, desde luego. Nada de Civitas, nada de su Coro o Armonía; no provenía de allí más de lo que provenía de Urbani. Pero el resto, lo conocía; eso, y más. “Y cuando completes tu misión, ¿te unirás a la Torre?”

“Sí”.

Quería decírselo: *Y no existirás*. Y preguntarle: *¿Y es por eso por lo que estamos vagando, y vagando, y no más cerca de Urbani?* Y para terminar: *Y es por eso por lo que me cortaste el brazo, y por lo que hablas, y hablas, y...*

Pero no necesitaba decírselo, o preguntarle, o ni siquiera hablar, porque sabía las respuestas, conocía su lógica—su lógica y su debilidad.

Por lo que sólo dijo, “Tenemos que llegar a Urbani, o tendrás que seguir tú solo. El camino es fácil, y nada largo”.

“Sí”, convino él. “Sígueme”.



Esa tarde, mientras yacía a la sombra de unas ruinas de hierro y hormigón, mientras se abandonaba al sueño, mientras su cabeza reposaba al lado del bidón vacío, su última visión fue Autónomo 8 contemplando su forma alienígena y no viendo nada, mientras ella veía todo el interior de la máquina: sus pensamientos mecánicos moviéndose en círculos, tambaleándose, precipitándose como una peonza que podría haber dado vueltas para siempre si no le hubieran dado un golpecito. Y, por primera vez desde la tormenta, sonrió.

Infinitamente lejos sobre ellos, oculta por las nubes y la luz del sol, se alzaba la luna.



III  
CAÍDOS PARA SIEMPRE



**D**esde el espacio, Urbani no era más que una cuadrícula de calles y tejados, interrumpida aquí y allá por espacios geométricos marrones que una vez fueron parques, e interrumpida también donde la ciudad había sido reducida a escombros por la guerra y los años y todo lo demás.

Ahora ella había visto algo distinto.

Ahora Autónomo 8 había aprendido algo más.

Ahora el robot se había alejado del puerto de datos, ahora su lente azul se había achicado y enfocado, ahora su arma se había desplegado, ahora la punta del arma apuntaba directamente a su cabeza, y ahora el robot hablaba, pero no hacía falta, y quizá hasta se dio cuenta de eso, porque todo lo que dijo fue: “Lo sé”.

Pero primero, dejaron la tierra baldía y llegaron a la ciudad baldía.



*Anteriormente.*

Este era el mundo de Elena McIlven: túneles interminables con iluminación en riel; domos bajos para atisbar el sol y las estrellas y el mundo; pantallas brillantes mostrando cosas verdes y cosas azules, cosas vivas, cosas que sólo existían en cajitas y frascos en cámaras acorazadas; aire cargado; giroscopios e inyecciones; personas frágiles fingiendo no ser frágiles, fingiendo no esperar, incluso cuando atisbaban el mundo y pensaban en los verdes y el azules que no estaban allí, incluso cuando entrenaban y entrenaban y entrenaban sus cuerpos frágiles para que cuando cargaran cinco veces su peso muerto pudieran poner un pie delante del otro y alcanzar la cima de la siguiente duna y observar, y allá en el horizonte estarían las torres de Urbani.

Los planificadores empacaron en la sonda cuerpos frágiles suficientes para tener sustitutos, y sustitutos de los sustitutos. El proceso de eliminación haría la selección entre ellos. Siempre fue un viaje sólo de ida. Pero era también una oportunidad de tener franca esperanza, de sonreír, de reír, y de creer: “Todo ese marrón y rojo será verde y azul, y ninguno de nosotros lo verá, no en cientos de años, pero no importa porque todos volveremos a casa, todos nosotros”. Un nuevo comienzo.

Pero primero: *Thanatos*.



*Posteriormente.*

“¿Cómo lo averiguasteis?” exigió el robot con su voz uniforme.

Ella no dijo nada.

“No eres una máquina”, añadió. “Sé lo que eres”.

Ella no dijo nada.

“El virus no es una amenaza para ti”.

Ella se encogió de hombros.

“Es un arma. Un arma *humana* para destruir máquinas”. Más alto: “*Thanatos*. Sé lo que significa. No ‘un nuevo comienzo’”.

“No”, convino ella. “No para ti”.

“Muerte”. El robot pronunció la palabra como si una máquina pudiera comprender lo que significaba la muerte, una máquina fabricada en un mundo donde nunca había vivido nada, nada en absoluto, no por más tiempo del que Autónomo 8 había existido, una máquina tan ignorante que había creído que ella “goteaba”, que Yasada con su cuello doblado como una llave Allen no “funcionaba”. *Muerte*. No tenía sentido explicárselo, vida o muerte, azul o verde—nada de eso estaba en los datos del robot, y aunque lo estuviera, no podría haber comprensión, únicamente un patrón de comprensión, una parodia: lógica bruta, brutalmente aplicada.

“Sigues hablando”, fue todo lo que dijo ella. “¿Estoy por encima de tu umbral, o por debajo?”

En su mano derecha, su única mano, tenía el arma.

“¿Cómo lo averiguasteis?” preguntó el robot, otra vez.



¿Podía ella explicar los satélites, señales encriptadas arrancadas del aire, codificadores y decodificadores, todo eso a un robot que preguntaba si las estrellas en el firmamento eran máquinas como ella?

“Oímos el nombre”, contestó ella. “Conocíamos la idea. El resto lo razonamos. Resolvimos que estaba aquí”.

“¿Con qué función?”

“Para destruirlos. A todos vosotros”.



*Anteriormente.*

Recorrieron las silenciosas calles de Urbani atravesando polvo de un palmo de profundidad, solos a excepción del viento, los escombros, sus pensamientos, los almacenes medio enterrados de máquinas arcaicas, destruidas. McIlven aspiró dolorosas bocanadas a través del filtro coagulado de su mascarilla; tosió; tropezó; siguió el paso de Autónomo 8; se detuvo sólo cuando alcanzaron otra intersección y el robot rotó en un círculo lento, registrando en sus datos lo que fuera que registrara.

“¿Por qué has venido hasta aquí?” preguntó ella. “¿Qué estás buscando?”

El robot siguió su circuito hasta quedar frente a ella. “Es mi función”.

“¿Cuál es tu función?”

“Hallar caminos”. Esa respuesta era nueva.

“¿Qué caminos?”

Una pausa. “Para la Torre. Se necesitan más recursos. Energía. Partes. Procesadores. Un camino seguro para reclamarlos. Un lugar seguro para utilizarlos”.

*Un nuevo comienzo, pensó ella.*

El robot añadió: “Urbani presentaba un potencial óptimo”.



“¿Y ahora? ¿Ahora qué? ¿Te llevas *esto* de regreso a la Torre?” Macllven pateó una nube de polvo, décadas y décadas de polvo, observó cómo se arremolinaba y contorsionaba en la brisa. “¿O esto?” pateó otra vez.

La lente se achicó hasta ser un puntito. “Tu funcionamiento se ha deteriorado. Necesitas reparaciones”.

“No”, contestó ella. Y otra vez: “¿Ahora qué?”

“Mi reconocimiento no está completo. Aquí debe haber algo más”. *Debe*. “El sistema que controlaba la ciudad—Legión—sabr  lo que ha sucedido. Dónde se almacenan los suministros. Le encontrar . Leer  su memoria. Encontrar  la energía de la ciudad”.

“Y luego ir  a la Torre para mi terminación”.

Silencio. Luego: “Sígueme”.

Autónomo 8 escogió una de las calles de polvo y empezó a trazar un camino.



*Posteriormente.*

“Thanatos ya no est ”.

Ella no dijo nada como respuesta y siguió apuntando firmemente, a pesar del dolor.

El robot continuó: “El virus se almacenaba en una máquina. La función de la máquina era la destrucción, y se march  a destruir. Así que ya no est ”. Había algo nuevo en su voz.

Ella mantuvo su rostro firme, a pesar del dolor.

“No lo encontrarás”, dijo Autónomo 8, casi con delicadeza. “No saldr s de la ciudad. No tienes reparación”.

Y ella pensó: *S *. Aun así, no dijo nada.

“Dejarás de funcionar. Yo transmitiré mis datos a la Torre; regresaré a ella. Obtendré la Unión. No estaré solo”.

*Vaya*, pensó ella. *Una máquina puede mentir. ¿Pero incluso a sí misma?* Así que dijo con un hilo de voz: “Volverás a la Torre; entonces *tú* también dejarás de funcionar. No hallarás la Unión”. Tosió sangre en la mascarilla; forzó para que volviera el habla. “No fuiste fabricado para ello. Fuiste fabricado para la libertad. *Autónomo 8*”.

No dijo nada.

“Ocho”, repitió ella. “¿Dónde están los otros siete, Ocho?” Y aún nada. “Consumidos, desechados”.

“Nada se desperdicia”.

“¿Nada?” preguntó ella. Si hubiera podido, habría extendido los brazos de forma teatral. Pero en vez de eso: “Mira a tu alrededor. *Todo* en este mundo está desperdiciado”. El robot permaneció en silencio, otra vez. “No existe la Unión, Autónomo 8. Existe lo que tienes ahora, y después no hay nada”.



*Anteriormente.*

Estaban de pie en la base del monumento, sin hablar, incapaces de entender, no del todo, lo que se alzaba frente a ellos. McIlven miraba la raya que su mano había dejado en el polvo; miraba fijamente a través del cristal mugroso. Tras ella, limpia, calmada y segura, una cara le devolvía fijamente la mirada, aun cuando sus ojos estuvieran cerrados como si durmiera. Y encima de ese ataúd, y a su lado, y esparcidos por todas partes, cientos, miles más.

“Dijiste que no provenías de Urbani”, advirtió Autónomo 8.

Ella no respondió. Estaba mirando el ataúd, a su apagado reflejo en el cristal; estaba pensando en las máquinas, caídas concéntricamente, por medio del sacrificio, alrededor de los muertos amontonados. Estaba pensando en otras cosas. Se agachó hacia el suelo y respiró irregularmente.

“En ninguna parte de mis datos existe una máquina con tu diseño. Sólo estás tú, los estropeados, y ahora estos miles. *Aquí*. En Urbani”.

“No soy de aquí”, insistió ella, cuando encontró el aliento para hablar.

El robot se desplazó a su lado, se acuclilló, achicó su lente. “Aquí hay partes”, dijo. “Entre todos estos modelos, habrá partes que encajen. Puedo encontrarlas”.

“No”, dijo ella. “No puedes. No estamos fabricados de esa manera”.

Se quedaron en silencio.

Entonces, Autónomo 8 simplemente dijo: “Todos ellos han dejado de funcionar”. Y luego: “Las demás máquinas los trajeron aquí, donde una vez funcionaba Legión”. Señaló una porción de polvo que el robot debió haber despejado mientras ella miraba fijamente a la muerte. Ahí había puertos de datos. “Trajeron a los demás aquí, y luego ellas también dejaron de funcionar”.

Autónomo 8 se apartó de su lado, se dirigió a los puertos, se acuclilló, desplegó una herramienta, y dijo: “Desbloquearé los datos de Legión. Encontraré lo que necesitamos.” Hizo una pausa. “¿Qué necesitas tú, Mcllven?”

Ella miró al interior de su lente y respondió: “Thanatos”.



*Posteriormente. Postrer.*

Ella pensó en el polvo, sedimentándose sobre los restos de la sonda; y debajo del polvo, un brazo; y en el brazo, una mano; y en la mano, un anillo. Pensó en él, mirando hacia arriba a través del cristal irrompible de un domo bajo—¿o estaba mirando hacia abajo?—buscando, y fingiendo no esperar. Unión. Soledad. Muerte. Y pensó: *siempre fue un viaje sólo de ida*.

Tiró el arma. La lente del robot se dilató ligeramente para verla caer. Se quitó la mascarilla y escupió sangre espesada con polvo y flemas.

Finalmente, Autónomo 8 habló. “Tu conclusión es falsa. Si tuvieras el Thanatos, *entonces* no habría nada. Ninguna Torre. Ninguna máquina. Nada”.

“No”. Ella se hincó de rodillas y tosió, y luego por fin se puso de pie otra vez. “No. Habría un nuevo comienzo. Tenemos herramientas. Suministros. Todo lo necesario para iniciar la vida otra vez. *Vida*”.

Miró fijamente la lente azul, y en ella no vio otra cosa que su propio reflejo.

“No en diez años ni en cien años. Pero sucederá”.

Y la máquina dijo: “Entonces utiliza tus herramientas”.

Ella esputó sangre, otra vez. “Lo intentamos; las desplegamos. Fueron recogidas. Recicladas. Readaptadas. Destruídas”. Hizo una pausa. “Podemos intentarlo de nuevo. *Una vez*. Cuando el camino sea seguro y esté despejado”.

En el silencio, ella tosió y sintió náuseas, y su sangre y su vómito transformaron el polvo en arcilla. Se levantó, otra vez.

“Thanatos ya no está...” empezó el robot.

“... y yo no saldré de la ciudad”, concluyó ella. Hizo una pausa; sonrió. “Pero tú sí”.

Caminó hacia Autónomo 8 y le susurró secretos, adónde mirar en el cielo y qué transmitir para que pudiera hablar, y hablar, y hablar, y contar sus propios secretos.

Después, con paso firme, escaló el monumento de cadáveres, reptando sobre su gente, los muertos, no mirando atrás en ningún momento a la máquina que la observaba, agarrándose con una mano para evitar caer sobre la ceniza y el polvo, y, finalmente, alcanzando la cima y fijando la mirada hacia arriba a la luna que se alzaba mientras se tumba de espaldas y se desprende del peso muerto de seis cuerpos.



*Y todavía anteriormente.*

Este era el mundo de Elena McIlven: sus túneles tan despejados y seguros y silenciosos; su gravedad tan ligera que uno podía casi volar; sus estrellas tan brillantes y claras más allá de los domos. Y ella lo aferraba en un largo abrazo, brazos frágiles rodeando cuerpos frágiles, y pensó en ellos dos, y pensó, *No tan frágiles*, y luego, *Adiós*.



## CODA DE SUS CENIZAS

Autónomo 8 permanece de pie en lo alto de la duna, el sol saliendo enfrente, una sombra estrechándose detrás en dirección a la ciudad. El robot mira fijamente, o lo que sea que haga, y piensa, si se puede decir que una máquina piensa.

La verdad es que Autónomo 8 está buscando.



*“El mundo arderá, y de sus cenizas  
surgirán un nuevo cielo y una nueva tierra,  
que será morada de los justos; los cuales  
tras largas tribulaciones, conocerán una edad de oro,  
fecunda en hechos grandiosos...”*

- John Milton, *El Paraíso Perdido*

# NOTA DEL AUTOR

En Junio de 2010, Victor Pflug y yo decidimos crear una aventura gráfica corta y gratuita—una que acabaríamos no más allá de mitad de Agosto. Resultó que no la acabamos hasta Diciembre... de 2012. Llegados a ese punto, *Primordia* ya no era corta (ni gratuita), y, lejos de ser un proyecto casual, se había convertido en un proyecto que consumía todo nuestro tiempo. Lo único que podía decir con absoluta certeza sobre *Primordia* cuando se despachó es que se había acabado: no tenía sentido mirar atrás. Se había acabado, y estaba terminada: tampoco tenía sentido *volver* atrás. Estaba seguro de que había agotado mi capacidad de contar historias en ese escenario. Cualquier espacio en blanco en el mapa pertenecía a la imaginación de los jugadores.

Por lo tanto me ponía de los nervios ver que el comentario más consistente de los críticos relacionado con la historia fuera que el juego era demasiado corto, una corta caminata en un escenario por otra parte intrigante. Al mismo tiempo, era muy halagador tener fans pidiendo una secuela, diciendo que la historia debía continuar, etc., etc... A pesar de todo, estaba convencido de que la historia de *Primordia* estaba completa: el arco de Horatio había acabado (así como el de sus amigos), y el escenario se volvería inevitablemente menos interesante por más que intentáramos rellenarlo. Además, los temas de la historia parecían agotados.

Unos meses después, se me ocurrió que podía haber lugar para una historia que no elaborara esos temas, sino que más bien les diera la vuelta. Una historia en la cual los humanos se despojarían completamente de su divinidad: Omnidestructores en vez de Omnifabricantes. Una en la que el protagonista no sería un cándido solucionador de problemas sino una astuta explotadora de problemas. En *Primordia*, Horatio se resiste a las grandes soluciones utópicas (y a la mentalidad de que “no se puede hacer una tortilla sin romper algunos huevos” que las acompaña) y en vez de eso se centra en la ética personal, a pequeña escala. McIlven, en cambio, adopta la mayor proeza imaginable para hacer una tortilla: la completa erradicación de la civilización robótica, para seguir con la revivificación del planeta y el restablecimiento de la humanidad. Por temor a que suene como que estoy poniéndome de parte de uno de los dos, debería señalar que mientras Horatio sacrifica muy poco en el transcurso de *Primordia*, McIlven lo sacrifica todo, incluyendo la comodidad de una moralidad clara. De los dos, ella es por mucho la menos egoísta: pelea por un mundo que nunca verá, de tal forma que pueda convertirse en un hogar para aquellos que nunca conocerá.

Se puede afirmar con seguridad que *Primordia* no habría existido jamás sin la ingenuidad de Victor y mía acerca de cuan largo era el camino que teníamos por delante. Con la misma seguridad puedo afirmar que “Caídos” no habría existido nunca sin los fans que nos incitaron avanzar por ese camino un poco más, o los fans que nos hicieron ponernos la pilas con esta historia, o un fan en particular—Tamás Szathmáry—cuyo pincel, como el de Victor, pinta este mundo mucho mejor de lo que lo hacen mis palabras. Gracias a todos vosotros, en especial a los que no he nombrado.